

## Alice Marion

*La veía dormir, dormía sin parar.  
La luz la escondía  
Mucha gente pasaba a su alrededor  
Pero solo Nadie la miraba.*

*La vi mirar, miró sin parpadear  
La oscuridad la mostró  
Nadie pasó a su alrededor  
Pero mucha gente la escuchó.*

Alice estaba acostada en su cama de sábanas blancas, el único color de todas las sábanas que tenía. Se veía dormir. Parecía estar tan en paz, tan tranquila. Algunas personas al dormir generan un estado de relajación y meditación en quien los observa. Ese era el caso de Alice, quien se estaba generando un estado de profunda relajación a sí misma. Pudo haber salido, pudo haber volado por ese mundo etéreo, pero no, ella se quedó observándose a sí misma, como si nunca se hubiera visto antes.

Lentamente sintió cómo se iba quedando dormida hasta que despertó. Se quedó largo rato en su cama recordando su sueño. Qué extraño e interesante había sido. Ojalá se volviera algo frecuente, pensaba. Alice vivía con sus padres en una pequeña casa en Bruselas, Bélgica. Se había interesado mucho por el mundo onírico desde que sus padres le contaron historias de su bisabuela Anna Landholdt, quien, usualmente, tenía experiencias extraordinarias al dormir. Algunas veces aquellas experiencias resultaban ser sueños premonitorios.

Alice anhelaba ser como su bisabuela. Quería conocer ese mundo tan distinto a este considerado real. Para ella, la realidad era mucho más grande de lo que conocemos. Era una chica bastante intuitiva, tierna y sensible. En su corazón no existía la maldad. Sus amigos y familiares la querían mucho, sabían que podían contar con ella siempre que la necesitaran.

Finalmente se levantó, caminó hacia la ventana para apreciar el nuevo día. El cielo estaba despejado. Era un bello día para salir a caminar un rato. Así que decidió ir a la casa de su amiga Claire. Pero antes debía bañarse y desayunar. Cerca de su habitación pasaba su madre, quien tocó su puerta.

- Ya es hora de levantarse Alice Marion.
- Ya me levanté mamá. Me bañaré y bajaré a desayunar. –respondió Alice.

Su madre se sorprendió.

- ¡Qué milagro que ya te hayas levantado señorita soñadora!

“Señorita soñadora”, así era llamada por todos sus conocidos.

Su madre continuó su camino hasta bajar por las escaleras y dirigirse al comedor donde se encontraba el padre de Alice esperándola para desayunar.

- Al parecer, hoy sí desayunamos con Alice. Esperémosla –dijo la madre.
- Qué bien. Ojalá no se demore porque tengo mucha hambre.

Ambos sonrieron. Escuchaban la voz de Alice que estaba cantando en la ducha.

- Parece que se despertó de buen humor. –dijo el padre.
- Ya lo creo. –contestó la madre al mismo tiempo que tomaba un poco de chocolate. No sé si logre esperar a que llegue.

Alice ya había terminado de ducharse. Estaba vistiéndose cuando escuchó un estruendo afuera. Un árbol se había caído y había dañado una baranda de madera que daba al patio. Sus padres habían salido corriendo a ver qué había sucedido.

- ¿Qué pasó? ¿Por qué se cayó? –les preguntó Alice desde la ventana.
- Pues no sé. –respondió su padre. Que yo sepa no estaba podrido.
- Lo peor es que dañó la baranda. –dijo la madre.
- Eso es lo de menos cielo, eso se puede reparar fácil.
- Pues sí, pero significa más gastos.
- Es verdad, pero bueno...

Se quedaron un instante más observando el acontecimiento.

- Bueno, ya bajaré a desayunar. –interrumpió el silencio Alice. Tengo mucha hambre.
- ¡Cierto! –contestaron sus padres al tiempo.
- Ya había olvidado lo hambriento que estaba. –añadió su padre.

Se fueron a sentar al comedor, por fin a desayunar.

- Hace rato no comíamos los tres juntos. –dijo su madre.
- No es mi culpa que ustedes se levanten a desayunar en la madrugada. –dijo Alice bromeando.
- ¡Qué descarada! –exclamó la madre.
- Es broma mamá.
- De igual forma. No me parece gracioso.
- Bueno, bueno, ya. Mejor coman calladas. –intervino el padre.

Así estuvieron unos cuantos segundos hasta que él mismo rompió el silencio.

- Tampoco era para que se lo tomaran en serio.

Se rieron.

- Alice, después de que practiques piano ¿me puedes acompañar al mercado? –preguntó su madre.
- Hoy pensaba saltarme mi momento al piano. Quiero ir donde mi amiga Claire, hace siglos no la veo.
- ... Está bien. Hoy es un día muy raro. –dijo su madre.
- Bastante. –respondió el padre.

De camino a la casa de su amiga, Alice seguía pensando en lo que había dicho su madre. Sí que era un día extraño. De tanto pensar en esto, se le olvidó detenerse en la casa de su amiga y siguió caminando.

Se dio cuenta cuando iba por la tercera casa después. Le dio risa y dio vuelta atrás. Diez minutos después, las dos se encontraban caminando en el parque, mientras se comían un helado y hablaban de todo. Bastante gente había salido a pasear por el parque hoy. Algunos parecían clonados.

- Esta gente está repetida. –comentó Alice.
- Estaba pensando lo mismo. –dijo Claire luego de reírse.

Después de una media hora después, el cielo se había empezado a nublar.

- Parece que va a llover. –señaló Alice. Es mejor que nos vayamos ya.
- Tienes razón. Si quieres te quedas en mi casa.
- O podemos seguir acá y mojarnos en la lluvia. –agregó Alice.

Antes de que Claire pudiera responder, Alice se despertó. En seguida recordó lo que había soñado. Se levantó rápidamente de su cama y se asomó por la ventana para comprobar si el árbol seguía parado. Se encontraba sola en su casa desde hacía dos meses. Sus padres andaban de viaje en Escocia. Se sentía muy sola. Aun estando con sus padres o con amigos se sentía sola. Sentía que nadie la comprendía. Únicamente en los sueños se sentía bien, a excepción, claro, de las pesadillas. Aunque la aterrorizaba más la aparente realidad.

Bajó a preparar un chocolate excesivamente dulce, como le gustaba. Se sirvió un gran vaso y salió al patio, se quiso sentar bajo el árbol que se había caído en sus sueños. Sin saber por qué, comenzaron a salirle lágrimas. Algunas caían dentro de su chocolate, lo que seguramente ayudaba a contrarrestar el dulce excesivo. De igual manera, sin saber por qué, dijo:

- Yo soy Anna Landholdt.

FIN

Robert Grey